

## El cocodrilo sabio

Un cocodrilo se presenta en la sede de la Radio-Televisión, en el número 14 de la calle Mazzini en Roma, y pide ser recibido por el director del programa *Doble o nada*. El portero no quiere dejarlo pasar. El cocodrilo insiste:

—No veo ningún cartel que prohíba la entrada a los cocodrilos. ¿Acaso cree usted saber más que los carteles?

—Espere al menos que eche un telefonazo.

—Muy bien. No tengo nada en contra del uso del teléfono.

El portero llama al despacho del jefe supremo de *Doble o nada*.

—Profesor, aquí hay un cocodrilo.

—Ah —dice el profesor, quien, como habla siempre por dos o tres teléfonos al mismo tiempo, las

palabras largas las entiende a medias—, el señor Coco. Está bien, dígame que suba.

El cocodrilo toma el ascensor. Se ve obligado a inclinarse un poco para entrar porque mide dos metros de alto más una chistera violeta. Viste un largo abrigo amarillo. Una señora se desmaya por el contraste de colores.

La secretaria del gran jefe de *Doble o nada* es miope y se limita a decir:

—Pase, señor Coco. El profesor lo está esperando.

Al profesor, quien no esperaba en absoluto toparse con un cocodrilo con todos esos dientes en hilera bajo las gafas de sol, le da un violento ataque de tos. El cocodrilo, con santa paciencia, espera a que se le pase la tos y después dice:

—Conque, vamos a ver, etcétera, etcétera; tengo también una carta de recomendación de mi hermano. Tengo intención de participar en su magnífico e instructivo programa.

—Ya veo, ya. ¿Cómo está su hermano?

—Un poco apretado. Ya sabe, acostumbrado al Nilo, no se encuentra a sus anchas en el estanque del zoológico.

—Y usted, discúlpeme, ¿en qué tema es experto?

—En caca de gatos.

—¿No le parece un tema un poquitín fecal?

—También felino, sin embargo.

—Claro, no se me había ocurrido.

—Entonces, quedamos de acuerdo y me presento el sábado. Mi hermano estará muy contento.

El profesor en jefe se mete en la boca un caramelo de menta efervescente y se lo traga entero por distracción; se mete otro en la boca y empieza a sudar.

—¡Qué raro! —reflexiona—, estos caramelos hacen sudar.

El cocodrilo agita la chistera en señal de despedida y se va. El gran jefe de *Doble o nada* llama a su secretaria, manda que le traiga un café triple y le dice que se ocupe ella de todo.

Los periódicos de la tarde anuncian: “El próximo sábado, el señor Coco se enfrentará en *Doble o nada* con el doctor Usmardi y la señora Fiutaburro.\* Cuentan maravillas de este nuevo campeón y de su abrigo amarillo, pero el tema en el que es experto se guarda en escrupuloso secreto. Sólo se

---

\* Literalmente: “Huelemantequilla” en italiano. (N. del T.).

sabe que tiene algo que ver con el culto de la Diosa-Gata del Antiguo Egipto. ¿Qué tan antiguo? ¿Los faraones o Nasser? A esta pregunta se han negado a responder todos, incluso el portero del edificio de la calle Mazzini”.

Los lectores de los periódicos se dividen inmediatamente en cinco partidos.

El primer partido sostiene que el doctor Usardi, especialista en carne de gallina de los siglos XIV al XVII, hará albondiguillas con el señor Coco, se lo comerá sazonado con ajo, aceite y pimienta, y le dará los huesos a su gato.

El segundo partido garantiza que la señora Fiutaburro, especialista en quesos africanos, pondrá de rodillas al nuevo concursante y lo obligará a reconocer la superioridad del requesón sudanés frente al queso blando de la Valtellina.

El tercer partido está seguro de que sonará la marcha triunfal de *Aída* para el señor Coco.

El cuarto partido está indeciso.

Al quinto le importa un pepino: se interesa sólo por el campeonato de fútbol y por el ajedrez.

Llega el jueves; despunta el alba después de la noche del viernes. Ya estamos a sábado.

El cocodrilo aparece en todas las pantallas, salvo en las apagadas, pero el presentador del telecurso, un tal Mike Bongiorno, sigue llamándolo “Señor Coco”, ateniéndose a las instrucciones recibidas. “Señor Coco por aquí”, “Señor Coco por allá”. Pero no está ciego y lo da a entender.

—Señor Coco, ¿sabe que se parece usted mucho a un cocodrilo del Nilo?

—Ése es mi hermano, señor Maique; yo soy oriundo del lago Tana.

—¡Viva, viva! Por fin también nosotros, en *Double o nada*, tenemos un oriundo, como los equipos de fútbol. Y dígame, dígame, señor Coco, ¿cómo se le ocurrió la idea de especializarse en caca de gatos?

—¡Qué quiere, señor Maique! Me crié en un país subdesarrollado, pobre en quesos, carente del todo de música barroca, absolutamente desprovisto de historia de los betabeles. Me he hecho a mí mismo, con fuerza de voluntad y espíritu de observación. Soy un autodidacta, como Giuseppe Verdi.

—¡Alegría, alegría! ¡El señor Coco resulta también un experto en ópera!

—En mis buenos tiempos —revela el cocodrilo, con los ojos modestamente bajos—, me comí

a un tañedor de contrabajo y lo lloré en si bemol mayor.

El doctor Usardi da señales de asco. La señora Fiutaburro, con aire indiferente, se saca del bolso un queso “gorgonzola”,\* obligando al presentador a pasar a las preguntas.

Todos los concursantes han de responder a diez preguntas de diez. Desde Copenhague, en un vuelo *charter*, llegan numerosos aficionados para apoyar al cocodrilo. Los tres campeones entran en las cabinas. El doctor Usardi agarra al vuelo un “doble” en arquitectura pero, invitado a concretar cuántos huevos duros podría contener la torre de Pisa si en vez de ser un campanario fuera un depósito de huevos duros, se equivoca en la respuesta.

El cocodrilo salta de su cabina, muerde al doctor Usardi y se lo traga enterito, escupiendo sólo el reloj de oro fabricado en Ginebra.

—Pero, señor Coco —exclama el presentador riéndose—, ¿sabe que es usted un sinvergüenza? ¡No se come así a los concursantes!

---

\* Queso blando y graso, no curado, con típicas estrías verduzcas causadas por un moho (del tipo roquefort o cabrales). (N. del T.).

—Ha sido más fuerte que yo —se disculpa el cocodrilo—. Siempre he tenido una secreta pasión por la torre de Pisa.

—Ya entiendo —dice Mike Bongiorno—, pero, por lo menos, no debía escupir el reloj de oro fabricado en Ginebra, que es el mejor.

—Perdone, señor Maique.

—Está bien, por esta vez lo perdono. Le toca a la señora Fiutaburro. ¡Debe decir si los bantúes del sudoeste le ponen perejil o mermelada de arándanos al queso de oveja!

—Perejil —responde la señora Fiutaburro, pero se corrige enseguida—: No, no, ¡quería decir mermelada de arándanos!

—¡No vale! —protesta el cocodrilo—. ¡La primera respuesta es la que cuenta!

Y se come también a la señora Fiutaburro, engulléndola sin masticar.

—Vamos, vamos, señor Coco —dice el presentador, agitando de arriba abajo el índice de la mano derecha en señal de cariñoso reproche—. ¡No está nada bien hacer eso! Con las damas hay que ser caballero, y mucho más cuando estamos en Eurovisión y nos ven también en Bellinzona y en Amsterdam.

—¿Y nos ven en Friburgo de Brisgovia? —pregunta el cocodrilo, alarmadísimo.

—Natural.

—Lo siento. Prometo no volver a hacerlo.

—Ah, claro, pero de momento se ha comido a los otros dos concursantes. Ni siquiera sé si podremos continuar la competencia. ¿Qué dice el señor notario?

El señor notario dice que el reglamento no prevé sanciones contra el canibalismo. El juego puede proseguir.

—Pues entonces, dígame, señor Coco —sigue el presentador—, por cuatro millones de kilómetros y setecientos veintisiete miligramos, ¿dónde se hizo la gata de Carlomagno el día en que su dueño fue proclamado emperador?

—En Roma, delante del Panteón —responde el cocodrilo sin vacilar.

—¡Respuesta exacta! —grita el señor Mike. Pero de poco le sirve. En efecto, el cocodrilo, volando fuera de su cabina, se le echa encima como un solo hombre y lo ingiere antes de poder contar hasta tres. Se oye la voz del presentador en la barriga del cocodrilo, protestando:

—Señor Coco, está usted exagerando. ¡Y pensar que nos ven también en Bruselas!

El cocodrilo se endereza la chistera, porque se le había torcido, y mira a su alrededor con aire de preguntar: “¿Queda alguien más?”.

—Estoy yo —responde la edecán Sabina, con su sonrisa de estudiante de filosofía.

Los espectadores contienen la respiración. Se prepara un emocionante duelo. ¿Conseguirá el cocodrilo tragarse también a Sabina, cuando ya tres personas se disputan el espacio de su estómago, elástico sólo hasta cierto punto? ¿Conseguirá el notario salvar a Sabina del dragón, obtener su mano, casarse con ella y partir en viaje de bodas por las más hermosas páginas de las más conocidas revistas?

Mientras la gente responde como cree a éstas y a otras preguntas, la encantadora Sabina no pierde la calma. Engaña al cocodrilo con una sonrisa, lo agarra por la cola, lo levanta a un metro cincuenta de altura y le golpea la cabeza en el suelo.

—¡No vale! —protesta el cocodrilo—. ¡Este capítulo no está en el reglamento!

—Pues yo te hago hacer algo de movimiento —replica Sabina.

Siempre sujetando al cocodrilo por la cola, lo hace girar en torno de su cabeza como si fuera el caldero de la leche: una vez, dos veces, tres veces, a velocidad creciente.

—Apelo al notario —vocifera el cocodrilo—. La señorita, con todo respeto, se muestra muy injusta.

—Y yo te utilizo como una fusta —anuncia Sabina.

Pone manos a la obra con la habilidad de un vaquero del Circo Americano. El cocodrilo silba y restalla en el aire que da gusto oírlo. Tras cada restallido, golpea el suelo con los dientes. La chistera ha rodado lejos. El abrigo amarillo se tensa como una vela en día de viento.

—Una —dice Sabina—, dos, tres...

Al llegar al diez, de la boca del cocodrilo salta Mike Bongiorno, abrochándose el saco porque un presentador debe estar siempre presentable. Al once sale despedida la señora Fiutaburro, murmurando:

—¡Qué mala suerte! Tenía la mermelada de arándanos en la punta de la lengua.

Al doce sale de puntillas el doctor Usmardi y enseguida se pone a buscar su reloj de oro.